

ct

Los delfines invisibles

de
Borja de Diego

(fragmento en castellano)

Yo continúo a la deriva
en este mar inestable
que llamamos vida

Pedro del Pozo

Dramatis personae

DIEGO

EL PADRE

EL JEFE

EL MÉDICO DE CABECERA

LA FISIO

LA PSICÓLOGA

LA ONCÓLOGA

JUANMA

UN MOZO del tanatorio

ACTO I

Escena 1

Una estancia blanca, demasiado blanca. En el centro de la escena vemos un ataúd abierto y dentro un cuerpo blanco y frío, demasiado frío, casi de mármol. Sentado frente al ataúd está DIEGO. No aparta la mirada del cuerpo y sin embargo parece mirarlo desde una gran lejanía, como si los separara un cristal invisible. De lo demás, poco importa. La sala puede estar más o menos decorada. Tal vez unas sillas vacías, tal vez un jarrón, tal vez unos ventanales al fondo por los que se desangra la luz del atardecer. Y un silencio sepulcral.

DIEGO

(A público) No. No voy a hablarles de la muerte de mi padre. (Como si buscara las palabras) ¿Qué es, al final, la muerte de un hombre? Un aullido en silencio, ahogado en la garganta. Un caballo desbocado y el relincho que huye con él. La sirena de un barco que se pierde por el ancho mar, sin nadie para escucharla... algo así. (Un momento en silencio y con la vista fija en el cadáver) Pero hay algo que empieza aquí, en un cuerpo caliente ante un cuerpo frío. Algo que empieza justo cuando tantas cosas parecen terminar. (Silencio) Estaba pensando... en algo que me ha dicho un amigo. Uno que ha pasado por aquí para cumplir con esa tradición de dar el pésame. Se ha marchado hace nada, diez minutos... Se ha puesto muy zen, porque él es muy zen, y me ha contado algo así como que su espíritu aún no se ha perdido y él está aquí, con nosotros. Su espíritu o su energía, algo así... Yo... yo no he dicho nada, porque no sabía muy bien qué se dice a esas cosas. Puede que tenga razón. Supongo que hay que morir para comprobarlo. Pero me estaba preguntando... si eso fuera verdad, qué hace ese espíritu antes de irse a donde quiera que vaya. Antes de perderse. Si estaría aquí, a mi lado, mirando este cuerpo que no hace tanto fue suyo, preguntándose qué le ha pasado y qué va a ser de él.

Un MOZO del tanatorio ha entrado con un ramo de flores y un papel. Ha esperado paciente a que DIEGO terminara y le advierte su presencia con un gesto.

DIEGO

(A público) Disculpen.

DIEGO atiende al MOZO, que le susurra algo mientras le muestra el papel. DIEGO asiente y firma. El MOZO deja las flores junto al ataúd y sale.

DIEGO

(De nuevo a público) Aquí hay que firmar por todo. No sé cuántos papeles van ya. Y tampoco me he leído ninguno, lo mismo he comprado un apartamento en multipropiedad... (Silencio) La paz de los tanatorios. Qué curiosos son estos lugares, ¿verdad? Tan elegantes, tan bien decorados, pensados únicamente para... para estar aquí y no en otra parte. ¿Por dónde iba...? Ah. No voy a hablar de la muerte de mi padre. (Silencio) No voy a hacerlo. No.

Escena 2

En el centro de la escena, donde antes estaba el ataúd, hay ahora dos mesas enfrentadas, con ordenadores y otros artículos de oficina. Sentados frente a frente y tecleando, DIEGO y EL JEFE.

DIEGO

Dos días de baja. El primero para velar el cuerpo, el segundo para quemarlo. Y de vuelta al trabajo, porque la vida sigue...

JEFE

Diego.

DIEGO no responde, sólo teclea en silencio.

JEFE

Diego.

DIEGO

...

JEFE

¡Diego!

DIEGO

(Reacciona) Dime.

JEFE

¿Has visto lo del camionero accidentado en Murcia?

DIEGO

(Atento a la pantalla) No...

JEFE

El primero con marca roja, acaba de salir.

DIEGO

Ah, sí. Aquí está.

JEFE

Píllalo.

DIEGO

Sí. *(Sigue tecleando unos segundos y mira a público)* El trabajo, ese lugar... En realidad da igual a

qué me dedique. Es así de simple: una mesa, un ordenador y una silla que tienes que ocupar durante una serie de horas. Ocho al día, cuarenta a la semana, 240 al mes, 1.827 al año.

JEFE

Diego.

DIEGO

(*A público*) Y un jefe.

JEFE

(*Sube la voz*) ¿Estás con lo que te he dicho?

DIEGO

(*Todavía a público*) Un jefe que te da espacio y confía en ti... (*Al JEFE*) Sí, claro.

JEFE

Vale, perfecto.

DIEGO

(*De nuevo a público*) No importa a lo que me dedique, supongo. Estoy aquí, metiendo información en un ordenador. Me recuerda a esa serie... *Perdidos*. ¡Qué mítica, *Perdidos*! En algún lugar de aquella isla misteriosa había una escotilla, la entrada a una especie de base subterránea con un ordenador donde unos desdichados tenían que introducir una serie de números cada... cada ciento ocho minutos, me acuerdo. A los ciento ocho minutos, el ordenador hacía unos ruidos extraños, te avisaba de que tenías que volver a meter los números. Si no lo hacías, nadie sabía lo que podía pasar. Y los metían, metían esos números: (*tecleando*) cuatro... ocho... quince... dieciséis... veintitrés... cuarenta y dos... cuatro... ocho... quince... dieciséis... veintitrés... cuarenta y dos...

JEFE

Ya ha presentado la segunda. Si no lo atajamos pronto, nos jode vivos.

DIEGO

(*A público*) Soy gestor de reclamaciones en una agencia de seguros. El tipo que se encarga de las quejas de los clientes cuando no quedan satisfechos, que aquí es casi siempre.

JEFE

Estoy viendo que tiene antecedentes por conducir borracho...

DIEGO

(*A público*) La verdad, soy el que escarba en la basura para anular a los clientes que reclaman a la empresa. Así tumbamos sus pólizas.

JEFE

.. en 2013. Ésa fue la última vez. Pero creo que por aquí lo pillamos.

DIEGO

¿Perdón?

JEFE

Por conducir borracho. Lo tenemos cogido por los huevos.

DIEGO

(Atento a la pantalla) Tuvo un accidente y perdió parte de la movilidad de un brazo.

JEFE

¿Y sigue conduciendo un camión?

DIEGO

Tras aquello su mujer lo dejó, hizo terapia de grupo y rehabilitación. No sé si es bueno hurgar ahí...

JEFE

Que le den.

DIEGO

(Se encoge de hombros) Y para eso me metí aquí, para ayudar a la gente.

(...)